

**Jaime Tovar Patrón: LOS CURAS DE LA ÚLTIMA
CRUZADA (*)**

El coronel capellán retirado Jaime Tovar (Casar de Cáceres, 1925) acaba de publicar una obra muy importante. Seguramente la conspiración del silencio vigente no se hará eco de la misma pero será inevitable recurrir a ella para una serie de cuestiones en ella tratadas. Porque su investigación es casi definitiva y decimos casi porque, en historia, definitivo no es casi nada.

El título es ciertamente apropiado porque trata de los sacerdotes implicados en la guerra española de 1936, con participación activa en la misma. Activa como sacerdotes. Se excluye pues, aunque las referencias a los mismos son constantes, a aquellos cuya participación fue pasiva. Trágicamente pasiva. A los mártires de la Cruzada. El libro trata de los capellanes de los ejércitos. De ambos ejércitos. Comprendo la perplejidad del lector. ¿Es que hubo capellanes en el otro bando? Pues los hubo. Entre los gudaris vascos. Y el autor, cuyo posicionamiento no es dudoso, en absoluto, hace gala en ello, como en otras cuestiones, de una admirable imparcialidad. Los curas nacionalistas eran unos buenos sacerdotes aunque fueran antiespañoles. Y aunque ese condicionante les llevara a una absurda alianza con irreconciliables enemigos de la Iglesia. España era el enemigo de una Vasconia independiente y alentaban y sostenían la lucha. Pero su vida sacerdotal era irreprochable y sus afanes apostólicos con los suyos, evidentes. Vidal y Barraquer no era un traidor miserable y Gomá tampoco era el héroe sin mácula. Ambos fueron dos grandes arzobispos si bien la razón estaba del lado del de Toledo. Franco es quien mejor sale pues apenas le tocan errores y aun barbaridades de los suyos. Que no se ocultan. Todo ello hace al libro sumamente interesante y de lectura más que recomendable. Y no debe asustar su extensión pues algo menos de la mitad de

(*) FN Editorial, Madrid, 2001, 797 págs.

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

las páginas son las que recogen la tesis del libro (3-363). Después vienen algo más de cincuenta de apéndices (367-421). Las últimas páginas corresponden a la gran aportación de Tovar que es la relación de los numerosísimos curas que tuvieron un papel como capellanes castrenses, con una breve, y en algunos casos no tan breve, historia de los servicios prestados. Imprescindible para completar la biografía de todos ellos. Bastantes de los cuales tuvieron un papel relevante en la historia eclesiástica reciente: José Adarraga, fusilado por los nacionales, Julián Adrover, Gervasio Albisu, fusilado por los nacionales, Francisco Javier Alert, Jerónimo Alomar, ejecutado por los nacionales en Mallorca, Pedro Altabella, Carlos Anasagasti OFM, obispo después de El Beni, Antonio Añoveros, después obispo de Bilbao donde sostuvo posiciones muy distintas, Hilario Apodaca CMF, Maximiliano Arboleya, José Joaquín Arin, también fusilado, José Ariztimuño, que corrió la misma suerte, Jesús Arnal, que alcanzó la celebridad como secretario de Durruti, Emilio Benavent, luego obispo de Málaga y Vicario general castrense, Antonio Bombín OFM, otro de los ejecutados por los nacionales, Alberto Bonet, José María Bulart, tantos años capellán de Franco, el P. Caballero SJ, ejemplar capellán que alcanzó, como algún otro la medalla militar individual, de quien guardo un recuerdo imborrable habiéndome honrado con su amistad, Pedro Cantero Cuadrado, luego obispo de Huelva y arzobispo de Zaragoza, Manuel Carbajo, mártir de la Caridad, Carlos Cardó, Angel Carrillo de Albornoz SJ, protagonista después de uno de los más sonados escándalos de la Iglesia hispana de la época, Laureano Castán, ejemplar obispo de Sigüenza más tarde, Lope Cilleruelo OSA, José Crespo Pazos O de M., acreditado más tarde como historiador de linajes, Luis de Despujol, íntimo colaborador del cardenal Gomá, Samuel Díaz García O.E.S.A., Félix Erviti OMI, Prefecto Apostólico del Sahara después, José Fernández Parada, el famoso "P. Comesaña", también medalla militar individual, que dejaría en Vigo un recuerdo apostólico imborrable, el célebre dominico Guillermo Fraile, acreditado historiador de la Filosofía, José Manuel Gallegos Rocafull, canónigo de Córdoba, uno de los escasísimos eclesiásticos que estuvieron con los "rojos", el también célebre dominico

Tomás García Barberena, Rafael García y García de Castro, luego arzobispo de Granada, José María García Lahiguera, ejemplar obispo de Huelva y arzobispo de Valencia, camino de los altares, con papel destacadísimo en el Madrid "rojo" como vicario de Eijo Garay, jugándose permanentemente la vida, el cardenal Gomá, Amadeo González Ferreiro, después obispo en Brasil, Anastasio Granados, después obispo auxiliar de Pla y Deniel y titular de Palencia, Guerra Campos, conocido de todos, Leonardo Guridi, también fusilado, Teodosio Herrera, de imborrable recuerdo en Torrelavega, Angel Herrera, nombre también que no necesita comentario, que por esas fechas cursaba sus estudios sacerdotales, su hermano Enrique SJ, la figura por antonomasia de las capellanes militares, el P. Huidobro SJ, con proceso de beatificación, Ramón Iglesias Navarri, luego obispo de Urgel, el jesuita Pedro María Ilundain, Jesús Iribarren, después secretario general de la Conferencia Episcopal, José Iturricastillo, fusilado, Juan Izurrategui, que murió en prisión nacional, de muerte natural, Baldomero Jiménez Duque, Martín Lecuona, otro de los vascos fusilados, Leocadio Lobo, de los raros sacerdotes colaboracionistas de los "rojos", Santiago Lucus, también ejecutado por los nacionales, José María Llanos SJ, luego tan contradictorio con su exaltación inicial, Demetrio Mansilla, más tarde obispo de Ciudad Rodrigo, el abad Marcet, de Montserrat, Luis Marcos, párroco tantos años de Los Dolores de Madrid, Manuel Marín Triana SJ, José Marquiegui, fusilado, Benjamín Martín Sánchez, infatigable escritor, Alejandro Mendicute, fusilado, Gregorio Modrego, mano derecha del cardenal Gomá como obispo auxiliar suyo y que jugó un papel de primer orden en la organización de los capellanes castrenses, Víctor Montserrat, turbio personaje de decidida actuación antinacional, Casimiro Morcillo, después arzobispo de Madrid, el célebre jesuita Sisinio Nevares, Salvador Nonell, cantor de las gestas del tercio de Montserrat, Marcelino Olaechea, entonces obispo de Pamplona, Miguel Oltra OFM, que continuaría sus lealtades al frente de la Hermandad Sacerdotal Española, Alberto Onaindía, figura capital en el separatismo vasco, su hermano Celestino, fusilado por los nacionales, José Otano, también fusilado, Paulino Pedret, José Peñagaricano, Francisco Peralta, luego

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

obispo de Vitoria, donde seguramente sufrió más que en el frente, lo que le llevó a anticipar su renuncia, Fray Justo Pérez de Urbel OSB, aguerrido falangista que no gozaba de las simpatías de Gomá, Justo Ponce de León SJ, que enardecía con sus prédicas religioso-patrióticas a los alféreces provisionales de la Academia de Granada, el pintoresco capuchino Revilla, fusilado por los nacionales en Burgos, Pedro Ribot, después destacado antifranquista, mi buen amigo José Ricart, entonces sólo seminarista y después conocido escritor y predicador, en la guerra más bien debía figurar entre los pasivos, estuvo incluso condenado a muerte, que entre los activos, Antonio Rodilla Zanón, que dejó imborrable recuerdo en Valencia, el ilustre escritor Gregorio Rodríguez de Yurre, el entonces seminarista y después obispo Maximino Romero de Lema, cuyas ideas cambiaron algo más tarde, José Sagarna, fusilado por los nacionales, Casimiro Sánchez Aliseda, Cecilio Santiago Cornejo, conocidísimo posteriormente en Madrid, el famoso teólogo dominico Emilio Sauras, Francisco Sureda Blanes, Angel Temiño, más tarde obispo de Orense, Juan Tusquets, el incansable campeón contra la masonería, Teófilo Urdániz OP, una de las lumbreras de la Orden, León Urtiaga, también fusilado, César Vaca OSA, también figura ilustre de los agustinos, Hermenegildo Val SJ, medalla militar individual, Enrique Vázquez Camarasa que pese a su no heroica visita al Alcázar de Toledo sitiado, que mancha su figura, no fue un mal sacerdote, Mariano Vega Mestre, obispo después de Mondoñedo, Félix Verdasco, de increíbles aventuras en el Madrid "rojo", Joan Vilar Costa, otro de los escasos sacerdotes contrarios al Alzamiento, Fermín Yzardiaga, exaltado falangista que causó no pocos quebraderos de cabeza a la jerarquía...

Esta cala, entre los centenares y centenares de nombres relacionados, que es sin duda el gran trabajo de Tovar, habrá sin duda comprendido el lector que no es homogénea. Muchos nombres son de figuras innegables de la Iglesia hispana, otros los hemos traído sólo por el hecho desgraciado de su fusilamiento. Sin él hubieran pasado absolutamente desapercibidos por la historia. Unos pobres, y buenos, curas de pueblo. A los que el nacionalismo les cegó. Como también cegó a sus ejecutores la tragedia del momento. Tovar no oculta nunca lo que pudieran

tener de bueno estos sacerdotes. A Algunos su obispo Múgica, ya en el destierro, los calificó de beneméritos. De Arín aduce un testimonio que, a pesar de reflejar su antiespañolismo enfermizo, añade que "era de vida, salvo en esto, intachable". El obispo niega incluso el antiespañolismo del sacerdote. Ariztimuño era el único con entidad intelectual propia. Todos coinciden en que era un buen clérigo. Se trata, sin duda, de un episodio desgraciado, inevitable en toda contienda de la magnitud de la nuestra. La tragedia de estos sacerdotes, que nunca debieron ser ejecutados, está en el error del bando elegido. Los del otro están, o estarán, muchos de ellos, en los altares. Ante toda la Cristiandad. De estos sólo se acordarán los nacionalistas vascos. No fueron muertos por odio a la religión. Y otra consideración inevitable. Menos de veinte, incluyendo a los que no eran vascos, frente a casi siete mil. Hay una pequeña diferencia.

Pero el libro de Tovar contiene bastante más que este trabajo recopilador de nombres y de historias que, repito, nos parece importantísimo. El capítulo I de la primera parte (págs. 13-77) es, diríamos, el más teórico o "filosófico". Para Tovar la guerra fue, sin duda, una "Cruzada", es más, cree que ha sido la última cruzada y a probarlo lo dedica. Coincido absolutamente con él en lo sustantivo: fue cruzada. Tengo mis reservas en la nonada: fue la última. Sus afirmaciones sobre la guerra moderna, muy influidas por declaraciones pontificias, son muy dignas de consideración pero no me parecen apodícticas. Cabe, en algún momento de la historia, otra cruzada. Yo tengo para mí, es sólo una intuición, que pese a recientes declaraciones de mi admirado Juan Pablo II, habrá en este siglo, o en el que viene, o en el otro, un Papa que tal vez con Roma sitiada por el Islam y parte de Europa ocupada por la Media Luna, convocará a la Cristiandad o a lo que quede de ella, a una nueva Cruzada, a una guerra santa, en la que se volverá a matar en nombre de Dios. Claro que la religión de Cristo es una religión de paz. Claro que el mandato de Cristo es un mandato de amor. Pero el amor y la paz en ocasiones necesitan de la guerra. Por eso puede haber otra cruzada. Discrepancia mínima con Tovar y sobre un futurible. En nada altera mi admiración por el libro.

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Ya he dicho que la obra está escrita con una sorprendente imparcialidad. Aunque quizá no sea esta la palabra adecuada pues el autor es muy parcial. Es de una parte, está con una parte. Pero también está muy distante de todo maniqueísmo. No hay sólo buenos y sólo malos. Entre los buenos hubo mal, aunque sobreabundó el bien. Y entre los malos hubo bien, aunque sobreabundó, y hasta que extremos, el mal. Y lo señala sin reparo alguno. Esto le da al libro un aspecto de imparcialidad más que notable aunque, repito, no es imparcial, es verdadero. Lo que es mucho más importante.

Y, dentro de ese estilo, para probar que fue cruzada, recurre a un método que no es el habitual. Responde a las objeciones que se han puesto a la cruzada cogiendo verdaderamente el toro por los cuernos. Las atrocidades cometidas en el bando nacional con especial referencia a Badajoz y Málaga y a los fusilamientos y "paseos" de la retaguardia. Creo que los sitúa en su verdadera dimensión. Fueron lamentables, fueron exagerados por la otra parte, entonces y sobre todo después, fueron inevitables en una guerra horrorosa en la que la condición humana, al lado de heroísmos sin cuento, de actos de caridad hermosísimos, conoce también de crímenes y bajezas. Eso ocurrió en todas las "cruzadas". Nunca se predicó la santidad de todos los "cruzados". En todas las cruzadas hubo crimen y barbarie. Y santos.

¿Qué hicieron los curas ante la guerra? En un bando morir. Dando un ejemplo que parece increíble por su magnitud y su unanimidad. Fue una de las gestas más gloriosas de una Iglesia llena de gloria. Aun considerando los veinte siglos de existencia de la misma. La Iglesia no hizo nada para evitar la guerra pero es que no tuvo la menor posibilidad para ello. La conspiración militar la tuvo totalmente al margen. No es que no supieran ni el día ni la hora, que no lo supieron, como mucho se imaginaban que algo tendría que pasar porque así no se podía vivir. ¿Después? Toda ella, las excepciones, salvo en Vizcaya y Guipúzcoa, fueron tan mínimas que ni siquiera cabe considerarlas, se volcó con el bando nacional, impetrando su victoria y celebrando los jalones de la misma. ¿Cabe otra postura? ¿Sabido que la otra supondría la muerte de la Iglesia? La muerte, total, absoluta. Ya no habría

Iglesia, ya no habría curas, ya no habría nada... ¿Pudieron hacer más para evitar venganzas y represalias en retaguardia? Tovar no entra en pormenores, que duplicarían el número de páginas del ya voluminoso libro, pero parece inclinarse a que sí: "esto de las represalias en la zona nacional y la actitud cobarde de algunos miembros de la Iglesia son bazas perdidas y restan brillo a la Cruzada" (pág. 32). Realmente sorprende la sinceridad de este sacerdote por otra parte absolutamente comprometido con la causa.

El argumento de la rebelión contra la autoridad constituida, decir legítima me parece excesivo, es totalmente endeble. Sobre todo teniendo en cuenta que el otro bando había hecho caso omiso de él en 1934. Aunque ahora, con hipocresía digna de mejor causa, algunos recurren a él. Tovar también lo considera si bien con la brevedad que la objeción merece.

Más atención dedica al retraso en el reconocimiento vaticano. La causa fundamental para el autor estuvo en el recelo de Pío XI ante la posibilidad del nacimiento de un nuevo régimen nazi o fascista. Unido a la tradicional prudencia de la diplomacia vaticana. El papel del almirante Canaris, en quien España tuvo siempre un decidido valedor, queda suficientemente de relieve. El apoyo de las potencias del Eje, la intervención en la guerra de los moros, la presencia de masones en el Movimiento... son asimismo considerados por Tovar.

¿Matar en nombre de Cristo? Esta objeción es nueva pero como el libro es actualísimo está recogida por el autor. Que cree es la más importante. No nos extraña dada la eclesialidad de Tovar que va mucho más allá del hecho de ser sacerdote. Su argumentación es de las más débiles. Le ata su fidelidad al Papa actualmente reinante. Llevada al extremo la argumentación del Pontífice no hubo Cruzadas. Todas fueron un gran error. Pues muy bien. La nuestra fue como aquellas. Aquellas que los Papas, tan Papas como el actual, bendecían y alentaban. Cruzada fue pues. ¿Qué no debió darse? ¿Qué nuestros mayores en vez de combatir por salvar a España y a la Iglesia debieron dejar que murieran ambas? Es otra cuestión. En la que no vamos a entrar. Aunque por otra parte estamos seguros de que no es ese el pensamiento del Pontífice. Hay palabras altisonantes, buenas o que

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

se creen buenas para momentos concretos de la historia, y luego está el transcurrir de la misma y las necesidades del momento. Y también está la potestad definitiva del Papa en materia de fe y de costumbres y las opiniones particulares de cada Pontífice. Y las aplicaciones concretas de los principios generales. No matarás. Pero nadie discute la legitimidad y el deber del padre de familia que mata a quien viene a asesinar a su mujer y a sus hijos. O la del policía que dispara sobre el asesino que está matando a unos inocentes. Y San Fernando. Y San Luis. Y Santa Juana de Arco. Y San Casimiro de Polonia.... Hasta es posible que Juan Pablo II haya elevado a los altares, entre los tantísimos santos y beatos que ha proclamado, a alguno que haya estado en el campo de batalla o haya animado o bendecido a los guerreros. No ha sido la historia de Polonia, de su amada Polonia, precisamente una historia de paz.

El capítulo II, muy breve (págs. 61-77) sobre la santidad en el Ejército es flojo. Aunque interesante. El tercero, sobre la jurisdicción castrense (págs. 81-137) es en parte técnico, si bien contiene informaciones de gran interés sobre la actuación de Gomá, a quien el Vaticano encargó tal jurisdicción, que tenía enormes reservas sobre los castrenses y que tuvo que resolver, con vacilaciones y retrasos, una enorme necesidad del momento: la atención espiritual a los combatientes.

El análisis que hace del clero del momento en el que se produjo la guerra me parece de una lucidez meridiana. Ha circulado la imagen de un sacerdote "desertor del arado", ignorante, zafio, adocenado, medio brutalizado en parroquias rurales, vago, interesado e incluso avaricioso, entregado a los ricos, temeroso del obispo que actuaba mucho más como un señor feudal que como un padre... Y algunos informes y declaraciones surgidos de la misma Iglesia parecen refrendar este tipo sacerdotal, poco atractivo y hasta en ocasiones repelente. Tovar, y creo que con toda razón, pulveriza esa imagen. El argumento definitivo es el testimonio martirial que dieron, salvo contadísimas excepciones, demostrando unas virtudes sacerdotales acrisoladas. Quien desempeñaba un puesto sin vocación, para ganarse el sustento, entregado al cacique de turno, pensando sólo en el enriquecimiento

material, hubiera corrido a la apostasía para salvar la vida como en tantos casos se les ofreció. Y ocurrió todo lo contrario. Son páginas bellísimas y definitivas. No era aquel el sacerdote de 1936 aunque no todo fueran luces. Y como el autor no tiene pelos en la lengua refleja también las sombras que indudablemente existieron. Pero que no entenebrecen la figura sacerdotal de la época. Me parece un importantísimo capítulo.

El capellán castrense, sus vicisitudes, sus afanes y sus gestas en la atención espiritual al combatiente son objeto del capítulo siguiente (págs. 187-241). Una vez más luces y sombras. Pero las luces son esplendorosas y las sombras escasas. Hay nombres de auténtica epopeya: Huidobro, Caballero, el "páter Manolo", Carbajo, Cepeda Vidal, Duprado, Núñez Martín, Lezaún Armendáriz, el P. Comesaña, Val, Lamamié de Clairac... De epopeya sacerdotal y humana. Y mil casos más de otros excelentes sacerdotes que desempeñaron perfectamente su difícil y arriesgada misión.

El capítulo VI está dedicado al clero vasco, con especial detención en la figura del canónigo Alberto Onaindía. También sumamente interesante (págs. 245-305). Cierra el tema el análisis de la postguerra hasta nuestros días. Es el capítulo de la decepción tras unos primeros años de euforia religiosa. Podría resumirlo el título del libro que escribió el canónigo de Vitoria y queridísimo amigo D. Luis Madrid Corcuera: *Historia de un gran amor a la Iglesia no correspondido*. "¿Si un hijo pide pan, qué padre le dará una piedra?" Piedras, incluso adoquines, dio la Iglesia española a unos ancianos y excelentes sacerdotes que habían consumido sus vidas en el amor a la Iglesia. Es una de las páginas más negras de nuestra Iglesia la que escribieron conjuntamente Tarancón, Díaz Merchán, Dadaglio, Osés... Era la hora del desagrado y de la falta de caridad. La hora de los abrazos a los clérigos que corrían a la secularización y de la bofetada a los fieles. "¿Si he obrado mal, dime en qué? ¿Si no, porqué me golpeas?" Dios Nuestro Señor, Padre amoroso, ha recibido ya, con abrazo entrañable, a la mayoría de aquellos excelentes sacerdotes. Sus verdugos también han comparecido ya, en buena parte, ante el supremo Tribunal de Dios. ¡Qué tremenda carga en sus conciencias!

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Libro muy importante. Cuya lectura recomendamos. ¿Defectos? No se los encontramos. Tal vez uno de índole formal y de escasísima entidad. Lo apretado de la impresión. Apenas hay márgenes. Se nos antoja que, tratándose de una editorial modesta ha querido ahorrar páginas reduciendo márgenes. Y, con tantos miles de nombres, era imposible que no se deslizara algún error. El propio autor lo reconoce y pide correcciones con vistas a una posible nueva edición. Yo apenas las he encontrado y alguno de ellos es pura errata de imprenta como llamar Teófico al dominico Teófilo Urdánoz. Un lapsus, en cambio, es considerar a mosén José Ricart Torrents vicario en la clandestinidad en Barcelona cuando en aquellos tiempos sólo era seminarista (pág. 38). El mismo Tovar atribuye el cargo, en otra página, a quien verdaderamente lo desempeñaba, don José Torrents Lloveras (pág. 303). Minucias que en nada empañan un empeño colosal que Tovar ha conducido espléndidamente.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

M.^a Rosa de Madariaga: LOS MOROS QUE TRAJÓ FRANCO (*)

I. Introducción

La época actual se caracteriza por la abundancia de contenido con poco contenido, como decía D. Alberto Galarreta parafraseando a Ortega y aplicándolo a los medios de comunicación.

Efectivamente, en todos los campos de la comunicación, desde la industria editorial hasta la televisión, pasando por la radio o la prensa, uno de los mejores medios de ocultar y manipular la información —sin que sea preciso tergiversarla burdamente como resulta frecuente y pone de manifiesto Jean François Revel en *El conocimiento inútil*— es aplastar al sujeto con una superabundancia de información anodina, cuando no sesgada,

(*) Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 2002.